

LEER EN TIEMPOS DE GUERRA

DR. ALFONSO GONZÁLEZ QUESADA

*Area de Documentación. Facultad de Ciencias de la Comunicación
Universidad Autónoma de Barcelona*

1. INTRODUCCIÓN

En el verano de 1914 nadie hubiera imaginado que cuatro años después, más de 80 millones de hombres habrían estado luchando hasta dejar Europa exhausta. Nadie hubiera creído tampoco que tres imperios desaparecerían y que un monarca, junto a toda su familia, serían ejecutados. Probablemente cuando se tuvo noticia del ultimátum austriaco a Serbia nadie hubiera sospechado el número de libros que se movilizarían en busca de un lector en los frentes, ni las múltiples significaciones que para ellos tendría su lectura: sosiego, distracción, consuelo, estudio... Quizá todo lo anterior hubiera provocado una sorpresa inaudita si alguien lo hubiera anunciado, una sorpresa similar a la que produce hoy saber que un fenómeno tan colosal fue cierto y común a todos los contendientes: la creación de servicios de lectura para proporcionar millones de libros y revistas a millones de hombres dispersos en campos de batalla, hospitales militares, navíos de guerra y campos de prisioneros.

Hasta ahora la historiografía sobre el conflicto y la historia social de la lectura no se ha ocupado de este fenómeno. Los únicos trabajos de cierta entidad sobre el tema se enmarcan en la historia de las bibliotecas, pero todavía no existe ninguna obra que lo haya abordado desde una perspectiva global, que dé la medida de su dimensión y señale los aspectos compartidos y también las diferencias entre los diversos servicios organizados. Existen contribuciones importantes centradas en las experiencias norteamericanas (Young, 1981), (Wiegand, 1989), y obras incipientes sobre las actuaciones llevadas a cabo en

Francia (Muller, 2000). Este artículo es la consecuencia de un trabajo anterior (González Quesada, 2006) en el que se describía la actitud de la biblioteca pública en cuatro países distintos. Ahora, con la perspectiva de ahondar en el tema y desarrollar en el futuro una investigación de mayor envergadura, se señalan los núcleos de interés que deberían abordarse, apuntando en cada uno de ellos datos relevantes que permitan ofrecer una panorámica sobre lo que supuso la organización y planificación de los servicios de lectura para los combatientes de la Gran Guerra. Con ese objetivo, se han establecido diez núcleos temáticos que van desde las experiencias en el suministro de lectura a las tropas anteriores a 1914, hasta la revisión de las consecuencias que la coyuntura bélica y la postguerra tuvieron en la configuración de la biblioteca moderna.

2. LOS PRECEDENTES DE UN PROYECTO COLOSAL

A diferencia de lo sucedió en la primera mitad del siglo XIX, los soldados europeos y norteamericanos que tomaron parte en los principales conflictos durante la segunda mitad del siglo tuvieron a su alcance libros, diarios y revistas. Y ello se debió a dos factores. El primero tuvo que ver con las reformas llevadas a cabo en los ejércitos para mejorar las condiciones de vida y el nivel de instrucción de las tropas. En ese sentido, uno de los cambios más significativos fue el número creciente de bibliotecas instaladas en regimientos y otras unidades militares en el último tercio del siglo. El recelo que las autoridades sintieron ante la posibilidad de que las tropas accedieran a literatura considerada subversiva, se disipó cuando el suministro de libros y revistas corrió a cargo de entidades filantrópicas o religiosas, preocupadas tanto por elevar la formación cultural de los soldados como por reforzar su patriotismo. Un ejemplo de este tipo de entidades fue la Société Franklin, responsable directa de la dotación de las bibliotecas militares que se fundaron en Francia a partir de 1875, y del envío de material de lectura a los contingentes destinados en las colonias de ultramar. El segundo fue el aumento de los niveles de alfabetización, y la consiguiente incorporación de la lectura como una distracción provechosa en el ocio de los soldados. Las bibliotecas de los acuartelamientos fueron insuficientes para atender sus demandas desde las colonias. La prensa de la época reflejó el deseo constante de los soldados por leer. Los diarios británicos, por ejemplo, publicaban las peticiones de los oficiales para obtener libros y revistas para sus hombres destinados en Crimea, Egipto, Afganistán, Zululandia o Sudán.

Estos antecedentes son incomparables con la magnitud alcanzada por los servicios de lectura organizados durante la Primera Guerra Mundial. En ningún caso puede hablarse de servicios planificados, ni de una movilización social generalizada en apoyo de las tropas, como sucedió a partir de 1914. Sin embargo, conviene señalar que la experiencia más completa, previa a la Gran

Guerra, se dio en América, en la Guerra de Secesión. La importancia dada a la lectura para los soldados, durante y después de aquella contienda civil, imprimió un carácter distintivo a la organización de bibliotecas para el ejército norteamericano, que posteriormente se hizo patente en la Guerra Hispano-Americana o en el despliegue de tropas en la frontera con México para contener la expansión de la revolución de aquel país. En ambos casos, los soldados estadounidenses disfrutaron de buenos servicios de lectura.

3. DONDE HABÍA UN SOLDADO, HABÍA UN LIBRO

En una guerra sin precedentes que movilizó a cerca de 80 millones de combatientes y causó millones de muertos y heridos, también el envío de lectura alcanzó cifras millonarias. Es imposible dar una cifra exacta del número de libros y revistas que se hicieron llegar a los frentes, campamentos, navíos de guerra, hospitales militares y campos de prisioneros. Pese a ello, una estimación aproximada apunta que la cifra no fue inferior a los 30 millones.

No todos los contendientes desarrollaron servicios al mismo nivel, porque entre ellos hubo diferencias significativas en cuanto a su capacidad organizativa, extensión de la alfabetización entre las tropas, potencial editorial, experiencia previa en servicios similares, etc. Tampoco debe olvidarse el papel que en cada país jugaba la infraestructura bibliotecaria.

Volviendo al terreno de las cifras, Alemania envió a sus soldados cerca de 6 millones de libros y revistas. Una cifra similar movilizó Estados Unidos. El imperio británico, junto a los países de la Commonwealth, doblaron generosamente esa cantidad. La Rusia zarista primero, y después la soviética, reunieron más de cuatro millones. Lejos de estas cifras quedaron países como Francia, Austria o Italia. Sin embargo, en todos ellos se reunieron centenares de miles de libros.

Si la Primera Guerra Mundial exigió de cada país la movilización de todos sus recursos humanos y económicos, el universo del libro no quedó al margen. Las cifras expuestas revelan cómo toda la sociedad se movilizó en pro de los soldados, ya fuese a través de la donación de libros o de aportaciones económicas para su compra. Por otro lado, la guerra puso de manifiesto otro fenómeno sin precedentes: la guerra la hacía un pueblo en armas, pero un pueblo lector.

La compra o la donación de libros representó un gesto de generosidad y de solidaridad. Muchas de las personas que hicieron su aportación lo hicieron pensando en el hijo, en el esposo o en el hermano que quizás leyera aquel libro. No fueron pocos los casos en que se encontraron entre las páginas de algún volumen mensajes o cartas para los receptores anónimos que se conformarían con su lectura.

La solidaridad no tuvo fronteras. Los países neutrales también se sumaron. En Cataluña, a inicios de 1915, se puso en marcha una campaña que reunió

cerca de un millar de libros para los soldados franceses convalecientes en hospitales militares. En esa campaña colaboraron los sectores aliadófilos más comprometidos del catalanismo republicano.

4. ¿PARA QUÉ LEER?

Un tercer foco de atención corresponde a las funciones que cumplió la lectura entre los soldados. Eso supone distinguir entre momentos y lugares. No tuvo la misma función leer en un campamento de instrucción, que en un campo de prisioneros. Tampoco fue idéntica la motivación mientras los combatientes malvivían en las trincheras, que durante la desmovilización antes de regresar al hogar. De este modo se pueden establecer una serie de funciones básicas que desempeñó la lectura entre los combatientes.

La razón que dio pie al desarrollo de los primeros servicios de lectura fue la de distraer y ocupar el tiempo libre de los soldados. Combatir el tedio durante las tardes de invierno en los campamentos de Salisbury Plain, cercanos a Londres, fue el objetivo que movió al coronel Edward Ward a crear las *Camps Library*, después de recibir el encargo de Lord Kitchener de velar por los contingentes provenientes de las colonias. Los soldados británicos no disponían de ninguna distracción saludable en los campamentos en los que se entrenaban e instruían antes de cruzar el Canal de la Mancha. En ningún caso la selección de las lecturas fue casual. Si bien leer había de ser un medio de recreación, también podía servir para fortalecer el patriotismo y combatir los vicios propios la vida militar. El ejército norteamericano ofrece el mejor ejemplo de esta combinación. El Library War Service se enmarcó en un programa de alcance más amplio, dependiente de la Commission on Training Camp Activities. Su objetivo era proporcionar unas condiciones de vida que fortalecieran física y espiritualmente a los soldados, a través de una oferta de actividades diversa, que incluía audiciones musicales, representaciones teatrales, competiciones deportivas y la lectura, gracias a la creación de bibliotecas en cada uno de los 36 campamentos del país.

Leer tuvo una dimensión terapéutica. Restituía parte de la humanidad perdida en el campo de batalla y ayudaba a recuperar el equilibrio anímico de los soldados. Para los heridos que convalecían en hospitales militares y para los prisioneros de guerra, constituyó el alivio que hacía olvidar su penosa situación.

La lectura también contribuyó a inculcar en los combatientes una serie de valores acordes a su condición de militares, como la obediencia, la camaradería, la abnegación, o el heroísmo. En Alemania, durante la guerra, se publicaron narraciones, poesías y canciones cuyos autores eran los propios soldados. Sus contenidos configuraban el arquetipo del hombre capaz de sacrificar su vida en aras de la patria. En Francia la extensión de las bibliotecas para la tropa, a través de la creación de miles de *foyers du soldat*, quiso frenar la oleada de motines de 1917. Con la minuciosa selección de sus lecturas, no sólo se

pretendió dar una válvula de escape a la frustración y al resentimiento de los soldados, sino garantizar su obediencia hacia los mandos y ejercer sobre ellos un férreo control ideológico.

Por último cabe reseñar una función formativa. El afán de los soldados por aprender fue una constante a lo largo del conflicto. La dinámica de la guerra exigió el dominio de nuevas máquinas y armamentos, y el aprendizaje de su manejo se hizo indesligable del recurso a manuales técnicos de todo tipo. Para otros combatientes la guerra fue vista como una aventura. Muchos jóvenes voluntarios así lo percibieron hasta que se desvaneció el espejismo en el campo de batalla. Combatir en Europa o en Oriente Medio supuso viajar y descubrir otras tierras, otras gentes y nuevas costumbres. Hubo muchos hombres que se prepararon para ese encuentro con la lectura de guías de viaje o con libros sobre la historia y la geografía del país al que iban destinados. Algunos incluso aprendieron su lengua. Esta dimensión formativa también se manifestó en otros momentos y escenarios de la guerra. En los campos de prisioneros no fueron pocos los soldados que aprovecharon el cautiverio para aprender idiomas. Los campos rusos eran una Babel que reunía hombres de múltiples nacionalidades y lenguas. La Cruz Roja aportó el material que favoreció su aprendizaje. En otros casos el afán por aprender propició iniciativas más ambiciosas, que exigieron contar con colecciones bibliográficas orientadas exclusivamente al estudio. En el campo de Ruhleben, en Alemania, gracias al British Prisoners of War Book Service, se constituyó una biblioteca con libros y revistas sobre todas las disciplinas solicitadas por los prisioneros. Tan importante fue aquella biblioteca que se llegó a imprimir su catálogo. Hasta tal punto fue significativo el caso del campo de Ruhleben, que fue conocido como la «universidad de Ruhleben».

La desmovilización fue un período propicio para que la lectura contribuyera a la formación del soldado. La guerra había truncado los estudios de muchos jóvenes. Otros eran conscientes de que el retorno a casa les obligaría a competir por un puesto de trabajo, y la capacitación técnica y profesional sería una buen ayuda en ese proceso. También para mitigar el ansia de los miles de soldados que aguardaban el retorno a sus hogares, se crearon en Francia los *khaki college* y las *khaki university*. Su misión fue dar a las tropas desmovilizadas la oportunidad de obtener estudios o de ampliarlos, a la vez que contribuían a desactivar el peligro que comportaba su estacionamiento prolongando antes de volver a casa. Lógicamente estas universidades nunca hubiesen existido sin la dotación de cientos de miles de libros.

5. ¿QUÉ LEER?

Las funciones que cumplió la lectura determinaron el perfil de lo que los soldados leyeron. De forma esquemática cabría distinguir diversos tipos de materiales.

Cuantitativamente el mayor número de libros correspondió a la literatura de ficción. Desde el primer momento todos los servicios coincidieron en solicitar novelas, cuentos, narraciones y relatos de viajes. Obras que fueran amenas y de fácil comprensión. Los libros de tamaño más reducido eran ideales para los combatientes destinados en el frente, mientras que los de gran formato se reservaban para las bibliotecas de los hospitales.

El ejército alemán elaboró unos criterios para la selección de las obras que debían reunirse. De la ficción excluyó los relatos eróticos y los que transmitieran sentimientos pesimistas o nihilistas. Tampoco se aconsejaban historias de misterio, ni detectivescas. En el Reino Unido proliferaron un tipo de novela bélica que se hizo muy popular entre los soldados. No eran relatos de evasión, ni tenían esa función. Evitaban todas referencia a la brutalidad del conflicto para destacar los valores que codificaban el *ethos* militar: camaradería, patriotismo, capacidad de sacrificio, etc. Contribuyeron a construir el arquetipo del soldado británico de la Gran Guerra. Como es lógico, en pocas ocasiones llegaba a las manos de los soldados novelas de autores nacidos en la patria del enemigo. Del millar de obras que se enviaron desde Cataluña a los hospitales franceses, muchas eran clásicos de la literatura universal, pero entre ellas no hubo una sola de un autor de origen germánico.

Junto al material de ficción destacó cuantitativamente la obra divulgativa y el manual técnico, tanto para la aplicación directa en la vida militar, como para la formación personal del soldado.

La presencia de contingentes anglófonos en Europa como británicos, estadounidenses, australianos, canadienses o neozelandeses disparó la demanda de gramáticas y pequeños diccionarios de equivalencias para facilitar la comunicación de los soldados en territorio francés, italiano o alemán. La mayoría de estas obras, además de proporcionar nociones básicas sobre la gramática de cada lengua y la traducción de las expresiones más comunes con su pronunciación, incluía datos de interés sobre el país y su ejército. Uno de los ejemplos más extendido fue el *Soldiers' French Phrase Book*, distribuido gratuitamente. Hubo también vocabularios específicos para pilotos de combate y personal sanitario. Algunos de estos manuales fueron editados en los mismos campamentos. En otros casos corrieron a cargo de entidades dedicadas al estudio y la enseñanza de idiomas.

Hacia 1917 se habían distribuido cerca de seis millones de Biblia en ambos bandos. Este dato da cuenta de la significación que tuvo la presencia de los textos religiosos para los combatientes. No se debe olvidar que ciertas organizaciones confessionales participaron directamente en la organización de servicios de lectura y de otras actividades para la recreación de los soldados. En este ámbito destacó YMCA, aunque no fue la única. Por otro lado las sociedades bíblicas gozaban de una tradición más que centenaria en el suministro de textos religiosos a las tropas. A finales del XVIII la sociedad bíblica británica había proporcionado ese tipo de material a los miembros de la Royal Navy. Durante la Primera Guerra Mundial se contabilizaron millones de Biblias en

ambos bandos, y lógicamente se editaron en múltiples lenguas. En el conflicto también tomó parte un buen número de judíos, tanto bajo bandera de los Estados Unidos como enrolados en el ejército alemán. Lógicamente esa presencia tuvo su reflejo en la edición y en el envío a esos contingentes de textos religiosos hebreos. En otros entornos culturales como el ruso, la influencia de la iglesia ortodoxa en el componente campesino del ejército, explica el gran número de libros litúrgicos que solicitaron los prisioneros desde los campos alemanes.

El valor informativo de la fotografía fue muy apreciado, por esa razón fueron tan importantes para los soldados las revistas ilustradas. Los voluntarios españoles, en su correspondencia con el Comité de Germanor amb el Voluntaris Catalans o el Patronato de los Voluntarios Españoles, insistían siempre en solicitar el envío de este tipo de revistas.

A pesar del interés que despertaba la prensa entre los combatientes, no es menos cierto que éstos solían acusarla de no reflejar sus preocupaciones y penalidades. Esa actitud llevó a la desconfianza e incluso al desprecio de la prensa tradicional. En ese contexto no es extraño que proliferaran publicaciones hechas para los soldados y, en algunos casos, por ellos mismos. En todos los ejércitos hubo ejemplos de lo que se denominó «periódicos de trinchera» o, en el mundo anglosajón, *khaki journals*. Su misión era fortalecer la moral de las tropas y, sin renuncia al humor o a la ironía, combatir las actitudes contrarias a la disciplina militar.

Hacia 1916 existían cerca de 200 periódicos en el ejército alemán. Muchos con tiradas superiores a los 50.000 ejemplares. Junto a noticias sobre el desarrollo de la guerra solían incluir información cultural para entretenér a la tropa. También contribuyeron a generar un estado de opinión favorable a los empréstitos de guerra. En Francia el número creciente de estos periódicos, a mediados de 1915 circulaban una treintena, llamó la atención de la Bibliothéque Nationale. Por eso pidió a sus responsables ejemplares para su conservación, ya que los consideraba un documento de primer orden para el futuro estudio de la contienda. En el Reino Unido, en donde era tradición que cada regimiento tuviera su periódico, se sumaron a ella algunas unidades de sus tropas expedicionarias, e incluso algunos hospitales militares. Italia entró en guerra en mayo de 1915 y un mes después ya contaba con *La Scarica*, un dominical humorístico. Le siguió *Vittorial!*. Tras la derrota de Caporetto aparecieron decenas de periódicos satíricos con los que combatir el derrotismo en las filas italianas. El reducido contingente de voluntarios catalanes que luchó en el ejército francés también tuvo su publicación. *Trinxera catalana* estableció un vínculo entre los combatientes ideológicamente más activos y actuó como portavoz de sus expectativas ante la marcha del conflicto y las repercusiones que podía tener en relación con el futuro de Cataluña.

En esta somera revisión no se pueden pasar por alto los *khaki journals* norteamericanos. El ejército de los Estados Unidos reunió en sus filas a hombres de tradiciones, culturas y lenguas muy diversas. Estas publicaciones contribuyeron a sustituir principios como el de la libertad individual por otros, como

el de la obediencia a la autoridad militar. *Trench and Camp* vio la luz en octubre de 1917. Fue una iniciativa del National War Work Council de YMCA. Llegó a tener una circulación de 380.000 ejemplares y fue distribuido en todos los acantonamientos del país. Una vez en Europa, los soldados pudieron leer el semanario *Going Over* que pronto pasó a llamarse *Coming Back*. Sin embargo, la publicación más conocida por los soldados norteamericanos fue *Stars and Stripes*, órgano oficial de las tropas expedicionarias de los Estados Unidos. Llegó a alcanzar una circulación de más de medio millón de ejemplares.

6. ¿QUIÉN COLABORÓ EN LA ORGANIZACIÓN DE LOS SERVICIOS DE LECTURA?

Las aportaciones desinteresadas de libros y revistas hechas por cientos de miles de ciudadanos y un gran número de entidades de todo tipo llegaron a sus destinatarios gracias al tejido institucional que se encargó de planificar y organizar los servicios de lectura. En cada país, los responsables del funcionamiento de esos servicios recibieron, cuando menos, el beneplácito de las autoridades militares para poder desarrollarlos. Los objetivos que se persiguieron con el envío de lectura fueron idénticos en ambos bandos. A pesar de eso, el perfil ideológico y la tradición de las instituciones implicadas imprimieron un sello particular en cada caso. En este apartado es imposible describir de manera pormenorizada las actuaciones de todas las entidades que participaron en el suministro de lectura a los combatientes, se pretende tan sólo darlas a conocer y mostrar de manera somera su cometido.

El Almirantazgo británico y el War Office dieron el visto bueno a todas las iniciativas para el envío de material de lectura a los marineros y soldados británicos allá donde se encontraran. Las Camps Library fueron iniciativa del coronel Edward Ward. Éstas proporcionaron lectura a los soldados en los frentes, mientras que las War Library bajo la supervisión de la Cruz Roja británica se ocuparon de los heridos o enfermos. El envío de los millones de libros a los campamentos distribuidos por el Reino Unido, la Europa continental, el Próximo Oriente o la India contó con el aporte de la General Post Office, que garantizó en todo momento su gratuidad. Por otro lado, el Camp Education Department propició la creación del British Prisoners of War Book Service, a través del cual se atendieron las solicitudes de libros de los internados en campos de prisioneros.

En Francia, la Société Franklin fue una de las organizaciones más activas en el aprovisionamiento de libros para el ejército. Antes de la guerra ya había colaborado en la creación de bibliotecas militares. Durante el conflicto recibió subvenciones oficiales y aportaciones de diversos comités de ayuda a prisioneros y víctimas de guerra con los que obtener el material que fue distribuido, entre hospitales y otras instalaciones militares, por la Société française de secours aux blessés militaires. Esta sociedad de asistencia formaba parte de Cruz Roja francesa. En tiempo de paz había adquirido experiencia en el envío de

lectura a los hospitales militares a través de su *Oeuvre des livres*. Tras la movilización creó los *cercles du soldat* en las principales ciudades del país, dotándolos con salas de lectura, y mediante el *Service de livres* proporcionó miles de libros y revistas a los frentes. A partir de 1915 comenzaron a crearse los primeros *foyer du soldat*. En estos hogares del soldado, los combatientes encontraban un espacio para el descanso, la conversación y el disfrute de la música y la lectura. Llegaron a Francia de la mano del cuerpo expedicionario británico y fueron instalados por el YMCA con el objetivo de entretenir e instruir a los soldados. El suizo Emmanuel Sautter, secretario general de YMCA en Francia, dio el impulso definitivo a su extensión en el país. Su presencia se consolidó en 1917 con la llegada de las tropas estadounidenses y la instalación de más de 1.600 *foyer* dependientes de la Unión Franco-Americana.

El acopio de material de lectura para los soldados alemanes comenzó muy pronto. Inicialmente desde las bibliotecas se enviaron miles de libros a los hospitales militares y a los frentes. Poco después el funcionamiento de estos envíos se reorganizó y su control pasó a manos de las autoridades militares que, entre otras cosas, estableció los criterios para la selección del material. Las aportaciones de la población y del sector editorial fueron inestimables. Las bibliotecas recibían y clasificaban los documentos de acuerdo con los diversos niveles de instrucción en que se habían dividido los lectores potenciales. En esas tareas colaboraron conjuntamente bibliotecarios, libreros y ciudadanos. Finalmente, la Cruz Roja era la encargada de su distribución. La creación de las *Kriegsbucherein*, bibliotecas de guerra, fue posible gracias a las campañas de recogida de libros y de recaudaciones en metálico para adquirirlos. Estas campañas, conocidas como *Reichsbuchwoche* –semana del libro del Reich–, se celebraron periódicamente en las principales ciudades alemanas.

En Italia fueron diversas las instituciones que solicitaron la colaboración de la población y de los editores para crear bibliotecas de campaña. El Comité Central de Asistencia para la Guerra tenía entre sus misiones la de recoger libros de lectura amena e instructiva destinados a los heridos. El Comitato Nazionale per le Bibliotechine agli Ospedali, con sede en Milán, se encargó de suministrar material de lectura a más de un centenar de bibliotecas. También el Istituto Nazionale per le Biblioteche dei Soldati, fundado en 1908 para promover la instrucción del personal militar, pidió a los ciudadanos su colaboración desde la entrada de Italia en el conflicto. Finalmente, cabe reseñar el papel de la Federación de las Bibliotecas Populares, que proporcionó a las más de mil bibliotecas federadas lotes de libros sobre la guerra, para que sus lectores pudieran disponer de una idea precisa de las razones por las que luchaba Italia.

La contribución de las bibliotecas públicas americanas fue la más completa de cuantos países intervinieron en el conflicto. Desde que los Estados Unidos entraron en guerra en abril de 1917 se convirtieron en un instrumento de propaganda al servicio del gobierno federal. Fueron dos las principales instituciones que desarrollaron servicios de lectura para las tropas expedicionarias: la American Library Association (ALA) y la Young's Men Christian Association

(YMCA). De forma secundaria colaboraron también la Young's Women Christian Association (YWCA) y el Jewish Welfare Board.

Antes del conflicto YMCA contaba con la experiencia adquirida en el contacto con el ejército desde la Guerra de Secesión, y que se amplió con su participación en las guerras hispanoamericanas de Cuba y Puerto Rico, y especialmente en el desarrollo, en 1916, de un programa de bibliotecas para atender a los miembros de la Guardia Nacional desplegados en la frontera con México.

Desde finales del XIX, ALA había llevado a cabo una profunda renovación de la imagen, tanto de la biblioteca como de sus profesionales. Al estallar la guerra tomó el relevo de YMCA en la relación preferencial con el ejército. El responsable de ese cambio fue Herbert Putnam, bibliotecario de la Library of Congress, expresidente de ALA y futuro director del Library War Service, quien usó sus influencias para situar a ALA entre las siete entidades que tuvieron la consideración de agencia oficial de colaboración con el gobierno en la organización de todo tipo de servicios para los soldados.

No se debería acabar este apartado sin mencionar la contribución de la Fundación Carnegie. Sus aportaciones económicas permitieron construir las bibliotecas en los campamentos de instrucción norteamericanos y colaboraron en el sostentimiento de las bibliotecas públicas británicas, así como en la reconstrucción de otras en diferentes países europeos, una vez acabado el conflicto.

7. Y MIENTRAS, EN EL MUNDO EDITORIAL...

A lo largo de la guerra la producción editorial descendió drásticamente en todos los países. El número de libros publicados en 1918 era menos de la mitad que el de 1913. Varios factores influyeron en esta situación: la priorización de sectores productivos estratégicos, el alza en el precio del papel y el alistamiento de científicos, escritores y profesionales de todo tipo.

No todos los ámbitos temáticos sufrieron este descenso. Mientras que hubo una reducción muy significativa en las obras de ficción, aumentaron espectacularmente las relacionadas con la historia contemporánea, con el arte de la guerra y sus implicaciones tecnológicas, así como las que abordaron las consecuencias del conflicto en un amplio abanico de temas. También creció la edición de libros que se distribuyeron de forma masiva entre los soldados: textos religiosos, guías de viaje, gramáticas y diccionarios, manuales técnicos sobre máquinas y armamentos, etc. La publicación de material gráfico, especialmente carteles y tarjetas postales, experimentó un auge sin precedentes.

8. LA PRENSA Y EL CARTEL AL SERVICIO DE LA MOVILIZACIÓN DEL LIBRO

Gracias a la labor informativa y propagandística de los medios de comunicación se pudo movilizar a ciudadanos e instituciones para que colaboraran en

las campañas de recogida de material de lectura. La prensa se multiplicó en esta tarea. Publicó los llamamientos de los responsables de los servicios de lectura para dar a conocer su importancia. Informó de las recomendaciones y criterios para que los ciudadanos seleccionasen oportunamente libros y revistas. Dio cuenta del desarrollo de los servicios dando cifras del dinero aportado para la compra de libros y de los volúmenes distribuidos entre la tropa. A través de sus correspondientes dio fe del beneficio que la lectura reportaba a los combatientes, y también se hizo eco de las muestras de agradecimiento de los soldados. Junto a la prensa diaria, colaboraron en esta función revistas vinculadas al mundo del libro, como boletines de asociaciones de bibliotecarios, publicaciones del sector editorial o revistas de bibliografía.

A finales del siglo XIX el cartel dominaba la comunicación de masas. Era el medio ideal para anunciar productos y acontecimientos de todo tipo. Con el estallido de la guerra entró en la arena de la propaganda política para inundar las ciudades de los países en contienda. Sólo en los Estados Unidos entre 1917 y 1918 se diseñaron cerca de 2.500 carteles con una tirada que superó los 20 millones. El cartel apeló al patriotismo, exhortó a la población a alistarse, la animó a incrementar la producción de armamento, denunció las atrocidades del enemigo y pidió la colaboración para procurar el bienestar de los soldados. En este contexto, la incorporación de la imagen del libro y de la lectura en el discurso visual de la propaganda de ambos bandos cabe entenderla como una exigencia que impuso, tanto la dinámica del conflicto como el perfil del combatiente.

Los carteles que usaron como motivo central de su mensaje la imagen del libro o de la lectura cumplieron básicamente dos funciones. La primera en el tiempo, con un reducido número de ejemplos y centrada en Alemania, habló del liderazgo de este país en la producción editorial para demostrar la superioridad cultural germánica sobre sus enemigos. Alguno de estos carteles se deben entender como una respuesta a las campañas que, tras la agresión a Bélgica y la destrucción de la biblioteca universitaria de Lovaina, denunciaban la barbarie del ejército alemán. La segunda función fue pedir a los ciudadanos su colaboración en las campañas de recogida de libros para los ejércitos. Los carteles alemanes, austriacos y rusos difieren significativamente de los norteamericanos. Los primeros no tuvieron ningún reparo en mostrar escenas de soldados leyendo en trincheras o en parajes desolados por la destrucción de la guerra. Los alemanes pulieron su estrategia comunicativa cuando eliminaron o difuminaron las referencias espaciales, y se dedicaron a presentar rostros tranquilos y sonrientes de militares concentrados en la lectura. Los diseñadores americanos mostraron una trinchera en una sola ocasión, concretamente en un cartel titulado *Knowledge wins*, que promovía el uso de las bibliotecas públicas una vez firmado el armisticio. En el resto de carteles que reclamaban la colaboración ciudadana para el Library War Service, las referencias visuales explícitas a la guerra fueron mínimas, reducidas a los uniformes militares. El entorno sugerido, cuando lo había, era el de un campamento de instrucción.

El centro de atención de muchas de esas obras era la abundancia de libros, ya que el objetivo de las campañas era el acopio millonario de libros y revistas. El cartel de Charles B. Falls *Books wanted for our men in camp and over there* muestra un soldado sonriente mientras sostiene con esfuerzo una enorme pila de volúmenes. Precisamente una reproducción gigantesca de esta obra presidía la fachada de la entrada principal de la Biblioteca Pública de Nueva York cuando en marzo de 1918 se llevó a cabo la tercera campaña de recogida de libros que alcanzó en todo el país tres millones de documentos.

El cine, aunque en menor medida, también colaboró en esta campaña. La ciudad de Nueva York había contribuido a ella como nunca. En un solo día, durante la semana del 14 al 21 de marzo de 1918, se reunieron en su biblioteca pública cerca de 19.000 libros. Al finalizar la campaña se erigió, frente al edificio de la biblioteca en la Quinta Avenida, una pirámide hecha con los libros donados. Los noticiaron cinematográficos se hicieron eco de todo ello y el reportaje fue exhibido en los cines de la ciudad.

9. SI NO PUEDES HUIR, LEE

Ya desde las primeras ofensivas en el norte de Francia y en el frente oriental el número de prisioneros fue descomunal. La situación alcanzó una dimensión sin precedentes cuando el conflicto se prolongó más de lo previsto. Dos datos bastan para ilustrar la magnitud de la situación. El registro de la Agencia Internacional de Prisioneros de Guerra, encargada de recabar y transmitir información sobre los soldados cautivos, llegó a tener cerca de cinco millones de fichas; hasta la liberación de los últimos prisioneros en 1923 hubo más de 500 campos de internamiento repartidos por Europa, África y Asia.

El cautiverio eliminaba el riesgo de morir en combate y ahorraba alguna de las penalidades de la vida en el frente, pero imponía otras, casi siempre difíciles de conllevar. La incertidumbre y angustia provocadas por la reclusión prolongada desequilibraron anímicamente a infinidad de hombres. En una circular del 15 de agosto de 1914 el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) solicitó de los comités nacionales que participaran en las actividades a realizar en beneficio de las víctimas del conflicto. El CICR actuó amparado en una resolución de su conferencia internacional de 1912 en la que se le confiaba la distribución de los socorros colectivos a los militares capturados. Las convenciones de Ginebra de 1906 y La Haya de 1907 no disponían de una reglamentación precisa sobre las condiciones de cautiverio de los prisioneros de guerra. Por eso en enero de 1915 el CICR emitió una nueva circular, dirigida a los comités nacionales sobre *L'égéalité de traitement pour les prisonniers de guerre militaires ou civils*. Se pretendía garantizar el trato recíproco de los prisioneros de las potencias beligerantes en relación con diversos aspectos. Por primera vez se hacía mención explícita a la necesidad de proporcionar a los prisioneros el material de lectura oportuno, siempre y cuando se atendiera a las limitaciones impuestas por las autoridades de los campos.

Paralelamente a la labor emprendida por el CICR, YMCA también atendió a los prisioneros de ambos bandos. El 8 de agosto de 1914 invitó a los responsables de los comités nacionales de YMCA a visitar los campos franceses y alemanes para conocer las necesidades de los soldados. En 1915 representantes del comité americano viajaron a Europa para poner en marcha diversas iniciativas, entre ellas la construcción de bibliotecas. A partir de ese momento el suministro de material de lectura fue constante.

Los acuerdos entre los contendientes para el tratamiento recíproco de los respectivos prisioneros permitió la extensión de sus servicios de lectura. En esos acuerdos se decidió qué material que podría entrar en los campos y cuál no. Así, por ejemplo, alemanes, austro-húngaros y rusos acordaron en 1915 que los libros que recibirían sus prisioneros deberían haber sido publicados antes de 1913, y se trataría siempre de ejemplares nuevos sin ningún tipo de anotación.

En el suministro de lectura, también destacaron los comités de algunos países neutrales y, en especial, el danés, tanto por el volumen de libros y revistas que movilizó para atender a los prisioneros del frente oriental, como por la eficiencia de sus equipos de trabajo.

Otra iniciativa a reseñar tuvo que ver con el envío de libros y otros materiales para el estudio de los prisioneros. Ya se ha comentado anteriormente que la guerra truncó la formación de muchos jóvenes. Gracias a la creación de diversos servicios de lectura en los campos aquellos hombres pudieron retomar su formación académica. Aquí cabría mencionar el British Prisoners of War Book Service y la Oeuvre universitaire suisse des étudiants prisonniers.

10. LEER PARA CONSTRUIR UNA NUEVA SOCIEDAD

Rusia era un país atrasado y con altísimos índices de analfabetismo. La marcha del conflicto, el hambre y la falta de libertad arrastraron al país a la revolución. A partir de ese momento libro, lectura y bibliotecas ayudaron a modelar una nueva sociedad.

En el siglo XIX la intelectualidad liberal atribuía al libro un enorme poder emancipador. Preveía que su universalización contribuiría al progreso y al cambio social. El zarismo compartía esa visión. Por eso siempre receló de las bibliotecas y ejerció un férreo control sobre sus fondos. Los intelectuales opinaban también que las bibliotecas debían tener una función educativa y ser accesibles a todos los ciudadanos, pero el estado zarista había contribuido muy poco a su extensión social. Sólo cuando aumentó el público lector entre la clase obrera creó algunas en las incipientes zonas industriales. Pero en ningún caso las dotó de literatura política. La propagación de ideas revolucionarias se canalizó a través de bibliotecas vinculadas a sindicatos y partidos opuestos a la autocracia, vigiladas estrechamente por la policía y clausuradas en muchas ocasiones por contener textos prohibidos.

Los bolcheviques criticaron la falta de atención del gobierno hacia las bibliotecas. Denunciaron que sus colecciones estaban formadas deliberadamente por obras triviales, inútiles para que los trabajadores tomaran conciencia de su situación y aprendieran a superarla. Los futuros líderes de la revolución tenían clara la función que reservaban a las bibliotecas: colaborar en la edificación de un estado obrero. Para ello debían contribuir al progreso social, a la educación de la juventud, al estímulo de la ciencia y al perfeccionamiento profesional de los trabajadores.

Antes de la toma del poder, los bolcheviques habían diseminado su ideario entre los soldados a través de la prensa revolucionaria. Durante la guerra, el exilio ruso en Suiza creó un comité para el envío de material de lectura a los prisioneros internados en campos alemanes. A través de simpatizantes bolcheviques se pudieron organizar pequeñas bibliotecas donde, además de propaganda y prensa política, se encontraban clásicos rusos y obras de intelectuales y novelistas comprometidos en la lucha contra el zarismo. Se confiaba en que la lectura ayudaría a extender la llama de la revolución entre los prisioneros, deseosos de un armisticio que los devolviera a sus hogares.

Para los bolcheviques las derrotas del ejército zarista en la guerra fueron la consecuencia de su atraso técnico, y de la inadecuada e insuficiente formación de sus tropas, compuestas mayoritariamente por campesinos. La abdicación del zar precipitó las deserciones masivas y condujo al hundimiento del ejército. Tras la toma del poder y el inicio de la guerra civil, los bolcheviques apenas podían garantizar el control de Petrogrado y Moscú. El instinto de supervivencia política exigía crear un ejército de nuevo cuño, capaz de mantener el poder y de salvaguardar el desarrollo del programa revolucionario. La élite política y militar compartía la idea de que la formación del soldado, en contraste con etapas precedentes, debía capacitarlo como combatiente y transformarlo en un ciudadano instruido. El adiestramiento militar iría acompañado de la educación política. De acuerdo con el ideal bolchevique, el ejército, más allá de defender la revolución, tenía la misión de exportarla, tanto dentro como fuera del país. Y para ello era preciso una profunda revolución cultural en el seno del ejército. Era imprescindible la elevación de su nivel de instrucción, su completa alfabetización.

Con el objetivo de hacer de cada combatiente un ciudadano leal al régimen, consciente del porqué de su lucha y de las virtudes morales de la futura sociedad comunista, se crearon escuelas para su formación política. Y como la totalidad de conceptos sobre la nueva realidad se canalizaba a través de textos, la alfabetización ocupó un lugar prominente en los planes de formación. En medio de la guerra y de una penuria sin precedentes, Rusia se convirtió en un gigantesco campamento armado, donde la educación estaba consagrada a su defensa.

La creación de bibliotecas en el seno de las unidades militares estuvo bajo el control de los responsables de la educación política del Ejército Rojo. Como había sucedido tiempo atrás, en plena guerra mundial, se pidió la colaboración civil para hacer acopio de libros y revistas. A diferencia de los resultados

obtenidos por los comités de solidaridad con los soldados durante la etapa zarista, la movilización ciudadana consiguió reunir, sólo en el distrito militar de Moscú, más de cuatro millones de documentos. Pese a ello, a lo largo de la guerra civil hubo una extrema carencia de libros para los soldados. Libros y prensa fueron considerados de una importancia capital para mantener la capacidad combativa del ejército, y su transporte a los frentes recibió la misma prioridad que el armamento y la munición. El interés político por la extensión de las bibliotecas entre la tropa se materializó en el constante crecimiento de su número a lo largo de los tres años de guerra civil. Existía también una seria preocupación por la calidad del material de lectura, y especialmente por su adecuación a los objetivos políticos e ideológicos del régimen.

Las bibliotecas también colaboraron en la alfabetización y la capacitación profesional de la población. Los bolcheviques pretendían eliminar las estructuras del zarismo y modernizar el país, y para eso era indispensable contar con ciudadanos políticamente conscientes y plenamente alfabetizados. La realidad era un obstáculo. Contra pronóstico, la revolución había triunfado en una sociedad rural, con una clase trabajadora muy reducida y poco cualificada, donde convivían millones de analfabetos. Conquistar el poder no conformaba la clase obrera, ni le confería sus virtudes, sólo la habilitaba para desarrollarse correctamente. Si la revolución había dado el poder a obreros y campesinos, éstos debían aprender a ejercerlo. La construcción del socialismo, entonces, pasaba por la educación.

El Comisariado de Instrucción Pública tuvo la misión de acercar el libro a la población, en un momento en que las librerías estaban desabastecidas y el tejido bibliotecario era inservible. Para revitalizar ambos sectores, en 1919 se crearon una gran editora estatal y un departamento específico para la reorganización de las bibliotecas. Éstas representaban una forma efectiva de colectivización del libro, en consonancia con la transformación de la propiedad que había iniciado la revolución.

En los primeros años de vida de la nueva república, la gravedad de la situación económica exigió que todos los esfuerzos se orientaran hacia el incremento de la producción. El libro no quedó al margen. Talleres y fábricas se dotaron con bibliotecas, y éstas dispusieron de manuales técnicos, asequibles y manejables. Aunque las bibliotecas hubiesen conquistado nuevos espacios, y sus colecciones se hubiesen ampliado, todavía resultaban insuficientes. Los trabajadores reclamaban libros para comprender los profundos cambios de toda índole que experimentaban en su entorno.

Si la educación era esencial para crear una conciencia de clase entre los trabajadores urbanos, todavía lo era más entre los campesinos. En el campo, bibliotecas y salas de lectura fueron las primeras herramientas que se utilizaron para intentar transformar los hábitos y la mentalidad del mundo rural. La falta de instrucción no sólo impedía a los campesinos comprender los fundamentos ideológicos del nuevo sistema social, sino también aplicar los avances en la gestión agrícola. Las más de 20.000 bibliotecas y salas de lectura en funcionamiento a inicios de los años 20 fueron el núcleo del trabajo cultural y de

agitación política entre el campesinado. Se volcaron en el apoyo material del proceso alfabetizador y de diversos proyectos para mejorar sus condiciones de vida.

11. BIBLIOTECAS Y CONFLICTO

El colofón a estos diez núcleos de interés se centra en los cambios que la coyuntura bélica y la inmediata postguerra operaron en las bibliotecas. Lógicamente no vivieron ajenas al desarrollo y las consecuencias de una guerra que supuso un punto de inflexión en su evolución.

Antes de señalar los cambios más relevantes, conviene recordar que las bibliotecas también fueron víctimas del conflicto. La biblioteca de la Universidad de Lovaina fue destruida y con ella sus tesoros bibliográficos. Los aliados usaron este caso para demostrar la barbarie del ejército alemán. Pero Lovaina no fue la única ciudad que vio destruida o saqueada alguna de sus bibliotecas. Los fondos de la biblioteca nacional de Serbia y los de la Universidad de Belgrado fueron trasladados a Sofía por las tropas búlgaras como botín de guerra. Otro tanto hicieron los alemanes con la Biblioteca de Varsovia, la tercera en importancia en el Imperio Ruso.

Sin llegar al extremo de la destrucción o el saqueo, las bibliotecas se vieron afectadas por otras circunstancias. El reclutamiento provocó la reducción de su personal, lo que causó el recorte de servicios y horarios. En algunos casos, parte de sus instalaciones fueron habilitadas para atender necesidades militares, en otros se convirtieron en centros de información local relacionada con el alistamiento y la mobilización general. Las restricciones presupuestarias limitaron la compra y la encuadernación de libros. El embargo británico a las exportaciones de los imperios centrales impidió que las bibliotecas americanas recibieran las novedades editoriales alemanas mientras los Estados Unidos se mantuvieron neutrales. La salvaguarda de la seguridad nacional obligó a controlar los fondos bibliográficos y a limitar el préstamo de ciertas temáticas, incluso se llegó a la destrucción de libros considerados una amenaza para la seguridad del Estado. El celo con el que se aplicaron algunas de estas medidas condujo a situaciones averrantes.

El alistamiento masculino y el desempleo femenino modificaron el perfil del lector habitual. La guerra impuso nuevos hábitos de lectura: creció el interés por la prensa y especialmente por las revistas ilustradas que dieran cuenta del curso de los combates. Aumentó la demanda de todos los temas que tuvieran relación con la guerra. Para satisfacer esa demanda se creó en Londres el War Book Club, una biblioteca de préstamo. La literatura de evasión no decreció porque su lectura era un buen antídoto contra el horror y la miseria que comportaba el conflicto. La reducción de la oferta de ocio hizo de las bibliotecas uno de los espacios públicos más concurridos. Las exposiciones sobre carteles o de fotografías de la guerra fueron un motivo más para aumentar su

atracción. Ciertas bibliotecas inglesas incorporaron a sus fondos materiales en lengua flamenca para atender las necesidades de lectura de los refugiados belgas.

En ambos bandos hubo bibliotecarios que voluntariamente colaboraron en los procesos de selección del material para los frentes. También algunas bibliotecas cedieron parte de sus fondos para esas iniciativas. Pero de forma general, la institución bibliotecaria quedó al margen de la planificación y organización de los principales servicios de lectura, con la excepción de los Estados Unidos. La American Library Association fue una de las siete entidades que colaboraron estrechamente en la creación de los principales servicios para atender a los combatientes de aquel país. El protagonismo alcanzado por ALA habla en favor de sus responsables, que vieron en la guerra una oportunidad inmejorable para ganar visibilidad social para la profesión. La sociedad norteamericana se convenció de que las bibliotecas y sus profesionales contribuyeron decisivamente a la victoria. Su aportación no se limitó al envío de libros y revistas a los soldados. Supuso también una implicación en diversas campañas gubernamentales de captación de fondos y de ahorro de alimentos, entre otras.

Hubo otras transformaciones quizá más profundas. Una, no exenta de polémica, fue la feminización de los puestos de máxima responsabilidad, principalmente en las bibliotecas británicas y americanas. Otra no menos importante fue la revisión de la CDU para adaptarla al aluvión de obras que generó la guerra. Se dedicó una atención especial a materiales como carteles, postales, mapas, fotografías, etc. Todo ello comportó cambios en la organización de las colecciones, e incluso dio lugar al nacimiento de bibliotecas especializadas. En Lyon se comenzó a elaborar una «Bibliothèque de la Guerre» con documentos de todo tipo relacionados con el conflicto (medicina, cirugía, higiene, administración hospitalaria, medicina legal, veterinaria...). No fue la única. La experiencia en el suministro de lectura a los soldados heridos permitió el futuro desarrollo y extensión de las bibliotecas hospitalarias y el perfeccionamiento de las bibliotecas circulantes.

En otro orden de cosas, la guerra propició el debate y la reflexión sobre el papel que deberían desempeñar las bibliotecas en el futuro. Además de colaborar a la educación para preservar la paz, los profesionales británicos consideraban que debían brindar todo su apoyo a la reconstrucción y desarrollo económico del país. Por eso veían imprescindible la creación de las *commercial libraries* destinadas a facilitar la información necesaria al sector empresarial en lucha por la conquista de nuevos mercados. La primera de este tipo de bibliotecas se fundó en Glasgow en 1917. Sin dejar el Reino Unido la guerra impulsó la revisión del sistema de financiamiento de sus bibliotecas, establecido en el siglo XIX, y que demostró anacrónico. En 1919 se aprobó una nueva redacción de la Public Libraries Act, que derogó el polémico *penny rate*.

Antes de que el Tratado de Versalles obligase a los alemanes a compensar las pérdidas por la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina se creó un comité para su reconstrucción, liderado por la biblioteca John Rylands de Manchester, encargada de reunir libros y aportaciones en metálico procedentes de todo el mundo. Los Estados Unidos también colaboraron

en la reconstrucción de las bibliotecas del norte de Francia a través del CARD (Comité Americain pour les régions dévastées), creado en 1916. Bien equipadas, aunque instaladas en barracones militares, estas bibliotecas representaron una concepción revolucionaria que desconcertó a los lectores, especialmente por el libre acceso a la colección y la amplia oferta de obras populares y modernas para los adultos y la presencia de secciones infantiles.

BIBLIOGRAFÍA

- CLARK, Ch. (2000). *Uprooting otherness: the literacy campaign in NEP-Era Russia*. London: Associated University Presses.
- FUSSELL, P. (2006). *La gran guerra y la memoria moderna*. Madrid: Turner.
- GASSERT, I. (2002). In a foreign field: what soldiers in the trneches liked to read. *The Times Literature Supplement*, 5171, 17-19.
- GONZÁLEZ QUESADA, A. (2005). El llibre i la lectura en el cartellisme polític. *Item: revista de biblioteconomia i documentació*, 40, 7-27.
- GONZÁLEZ QUESADA, A. (2006). Llibres a les trinxeres: lectura i biblioteques durant la Primera Guerra Mundial. *Item: revista de biblioteconomia i documentació*, 44, 7-42.
- HAGEN, M. (1990). *Soldiers in the proletarian dictatorship: the Red Army and the soviet socialist state: 1917-1930*. Ithaca: Cornell University Press.
- HOVDE, D. M. (1997). YMCA libraries on the mexican border, 1916. *Literature and Culture*, 32 (1), 113-124.
- JAST, L. (1915). What public libraries can do during and after the war. *The Library Association Record*, XVII (10-11), 439-445.
- KASER, D. (1984). *Books and libraries in camp and battle: the civil war experience*. Greenwood Press: Westport; London.
- KOCH, T. W. (1919). *Books in the war: the romance of library war service*. Boston; New York: Houghton Mifflin Company.
- MAIN, S. J. (1995). The creation and development of the library system in the Red Army during the russian civil war (1918-1920): a historical introduction. *Library Quarterly*, 65 (3), 319-332.
- MULLER, M. (2000). *Les bibliothéques militaires dans le foyer du soldat*. Paris : Université de Paris
- NATTER, W.G. (1999). *Literature at war: 1914-1940: representing the 'Time of Greatness' in Germany*. London: Yale University Press.
- SEEFELDT, J., SYRÉ, L. (2004). *Puertas abiertas al pasado y al futuro: las bibliotecas en Alemania*. Zurich: Georg Olms Verlag.
- SHAW, George T. (1996). War finance and public libraries. *The Library Association Record*, XVIII (2-3), 139-145.
- SPAULDING, F. B. (1920). A special library that encircles the globe. *Special Libraries*, 11 (4), 94-96.
- WARD, E. (1915). The work of the camps library. *The Library Association Record*, XVII (10-11), 433-438.
- WIEGAND, W. A. (1989). *An active instrument for propaganda: the american public library during World War I*. New York, London: Greenwood press.
- YOUNG, A. (1981). *Books for sammies*. Pittsburgh: Beta Phi Mu.